



¿Qué ocupa tu corazón?

CARTA A LOS
HERMANOS
FEBRERO 2018

Me imagino la pregunta que se hizo Calasanz al conocer al joven que se presentó en las Escuelas Pías buscando el lugar que Dios le tenía reservado: ¿Qué ocupa el corazón del joven *Glicerio*? Pocas preguntas tan certeras, directas y provocadoras de transparencia y autenticidad. Probablemente no hay ninguna pregunta tan necesaria para los jóvenes y, por la misma razón, para cada uno de nosotros.

¿Qué ocupaba el corazón de Glicerio? Este mes de febrero de 2018 conmemoramos el 400º aniversario de la muerte del venerable Glicerio Landriani, el joven apóstol, apasionado por Cristo, que encontró en las Escuelas Pías el lugar en el que pudo convertirse en *Glicerio de Cristo*, religioso escolapio, el primero en profesar en las nacientes Escuelas Pías de Calasanz para dar su vida por los niños y jóvenes, por la misión escolapia. Creo que es una fecha que merece ser recordada y celebrada, y quisiera contribuir a ello con esta Carta a los Hermanos.

No voy a escribir una carta sobre Glicerio. La dejo para una mejor ocasión, para el día en el que todos los escolapios podamos alegrarnos de que el sueño de Calasanz se ha cumplido y un Papa ponga a Glicerio Landriani en la lista de los beatos y luego de los santos. Pero sí voy a escribir –inspirándome en él–

una carta sobre los “*otros glicerios*”, esos jóvenes que se acercan a las Escuelas Pías llamados por Dios para ser escolapios y que se atreven a dar el paso de dejar su casa y entrar a la Orden. Nosotros, aficionados como somos a poner nombre a todo, les llamamos “prenovicios”, “aspirantes”, “postulantes”, “vocacionales”, etc. No me importa ahora su nombre, sino su alma, y cómo podemos y debemos acompañar esa alma.

Pienso en todos los jóvenes que, buscando honestamente el querer de Dios para sus vidas, se plantean la vocación religiosa escolapia como un posible horizonte vital. Son jóvenes que han comprendido, desde el fondo de sí mismos, que la vida sólo sirve de algo si se entrega por una causa más grande que ellos mismos. Son jóvenes que se han encontrado con Jesucristo, que han descubierto a Calasanz, que se han identificado con lo escolapio, y que han tomado una decisión que en ocasiones no sabemos valorar de modo adecuado. Se han planteado, por primera vez en su vida, la decisión de dejarlo todo para poder seguir al único necesario, y desean, honestamente, descubrir si esa decisión está llamada a ser definitiva. Es una decisión valiente y audaz.

No les han faltado dudas y miedos ante la decisión de convertirse en “*glicerio*”. No faltan tampoco llamadas en dirección contraria, en ocasiones oposición familiar, y a veces tampoco faltan decepciones ante lo que se encuentran cuando entran en nuestra casa. Pero saben bien –y lo van descubriendo- lo que significa una vida de entrega, con sus gratificaciones y renunciaciones, y lo que tiene de contracultural, de profético y en ocasiones también de incompreensión.

Y con toda esta mochila, optan con valentía y generosidad por nuestra vida y misión, porque hay una cosa que está muy clara en cada uno de ellos: ese joven que quiere empezar su camino formativo escolapio es un joven de alma fuerte y corazón generoso. Voy a escribir sobre él, y sobre cómo acompañarle. Espero que al final de la carta comprendáis por qué la escribo.

¿Qué hay en el corazón del joven que se plantea ser religioso escolapio? Hay pasión, una pasión extraordinaria. La he visto, de diferentes

formas, en todos los jóvenes que están empezando su proceso formativo. En todos. Es verdad que la experiencia es inicial, pero es muy fuerte: encuentro con Cristo; deseo de dar la vida; descubrimiento de Calasanz; lectura de la propia historia personal; experiencias fuertes con los pobres, sueños de vida comunitaria; ideales de santidad; acompañamiento progresivo del propio proceso cada vez con preguntas más fuertes y comprometidas; testimonios atractivos de escolapios; búsqueda –a veces a tientas- de “algo más que no sé exactamente qué es”, etc. Todo esto lo he visto y escuchado entre los más de 250 *glicerios* que hay en nuestras casas de formación, iniciando el camino escolapio. Es formidable.

¿Qué necesitan estos jóvenes? Sólo una cosa: poner nombre a lo que hay en su corazón. Es lo que buscan, aunque en ocasiones no lo sepan. Es lo que necesitan. Y cuando lo descubren –porque lo descubren- lo que sobreviene es un sentimiento de profunda alegría, de plenitud. Ahí está la raíz de la “certeza vocacional” que convierte la búsqueda en decisión. Y eso es lo que Glicerio descubrió al conocer a Calasanz y sus Escuelas Pías.

Pero la pregunta no es tan sencilla. **¿Por qué se elige esta opción, tan específica y definida, pudiendo elegir otras muchas?** No es fácil de responder a esta pregunta. Pero creo que es bueno intentarlo. Vivimos tiempo de pluralidad vocacional, en el que la vocación cristiana, incluso la escolapia, se puede vivir de modo diferente. Y eso es bueno. Al menos a mí, me alegra profundamente. Nada “obliga” a un joven a entrar religioso escolapio para poder dar lo mejor de su vida por el sueño de Calasanz. Se puede hacer de otros modos. Y eso, insisto, es muy bueno.

¿Por qué es bueno? Porque nos posibilita comprender que la vida religiosa se basa en la preciosa intuición de “darlo todo”. Todo. Es una respuesta de totalidad. No es mejor ni peor que otras respuestas. Todas son necesarias. Pero la base está en el deseo de totalidad. Sólo hay un amor, sólo hay un centro, sólo hay un deseo. Y eso está en el secreto de la vida consagrada y, sin duda, en el alma de cada uno de los jóvenes que se plantean la vocación religiosa escolapia.

Dios llama a cada uno desde vocaciones diferentes. Y cada una es *plenamente* valiosa, porque es la que Dios ha inspirado en su alma. Pero son diferentes. Y la vida religiosa siempre ha tenido, tiene y tendrá un plus, que está en su raíz: dar toda la vida sin reservarme nada para mí; amar totalmente a Cristo y la misión, sin otros amores maravillosos, buenos y santos; confiar plenamente, sin buscar ser el dueño de tu propia vida; buscar vivir libre para la misión, sin más ataduras que tu propia vocación y sus consecuencias.

La decisión sobre el seguimiento de Cristo no es el resultado de una elección en el “shopping” de alternativas vocacionales, todas ellas *diversamente iguales* y expuestas en el escaparate a modo de una lista de “opciones para elegir”, sino el resultado de una experiencia honesta de búsqueda del querer de Dios para tu propia vida, sin miedo a encontrar en el fondo de tu alma que Dios te está pidiendo “todo”.

Por eso, sobre todo por eso, no puedo dejar de decir a cada joven con el que me encuentro y que ha dado el primer paso vocacional entrado en la comunidad, que confíe, que siga buscando en la misma dirección, que la pregunta que nace del deseo de totalidad sólo se responde desde la experiencia de totalidad. Y siempre termino dándole las gracias por su valor, y por atreverse a superar barreras, incertidumbres e invitaciones a la duda, y fiarse de este primer amor, convencido de que es el Señor de la llamada el mismo que le dará la fuerza necesaria para mantener y enriquecer la respuesta.

¿Cómo se acompaña este momento tan extraordinario del proceso vocacional? Me gustaría decir tres cosas:

- En primer lugar, acompañando, del verbo acompañar. Sé que hay jóvenes que han llamado a nuestra puerta y no han sido acompañados, porque el escolapio que debiera hacerlo “no tenía tiempo”. ¿Sabéis lo que os digo? Que eso no es verdad. Lo que no tenía es el alma de Calasanz, que también tenía muchas cosas que hacer, pero se ocupó de encontrar tiempo para ayudar a que Glicerio pudiese poner nombre a lo que habitaba en su corazón.

- En segundo lugar, con el testimonio de la vida cotidiana. El joven tiene un fino olfato para descubrir autenticidad, experiencia de Dios, humildad, entrega, alegría, en la vida de su formador y de los escolapios de la casa de acogida vocacional. También lo tiene para descubrir las contradicciones, pero éstas segundas no le distraen si las primeras confirman sus deseos.
- Y, en tercer lugar, generando un proceso basado en la experiencia de una vida cotidiana tejida de oración, de reuniones formativas, de coloquios personales, de retiros, de experiencias de misión, de conocimiento de escolapios, de espacios de vida real, que poco a poco van ayudando en la gran tarea pendiente: reafirmar que, efectivamente, quiero entregar toda mi vida a la causa de Calasanz, sin reservarme nada. Ahí comienza el proceso espiritual que culmina con la consagración religiosa. Y esa decisión no está basada en la “seguridad”, ni en la “ausencia de dudas”, sino en la pasión –tan formada como intensa, tan serena como desbordante– con la que el joven decide que sí.

Por todo esto, queridos hermanos, es tan importante esta etapa formativa previa al Noviciado, y su desarrollo en el año posterior. Porque en ella se forja todo. Porque la plenitud está también en el comienzo, como el árbol en la semilla. Es responsabilidad de todos cuidar esta semilla, para que pueda germinar como Dios quiere que germine.

Termino esta carta dando gracias. A muchas personas. A los formadores de estos jóvenes que comienzan su vida escolapia, por la entrega paciente y generosa con la que lo hacen, sostenidos por la misma esperanza que animaba al Señor en sus momentos formativos con sus discípulos y a Calasanz con Glicerio. A los escolapios de las comunidades de acogida, por el testimonio de alegría en la vida escolapia que puedan dar. A los miembros de la Fraternidad, por comprender, con corazón generoso, que ellos también quieren que el religioso escolapio viva un “plus” diferente al que ellos viven y que se decepcionan cuando lo que ven es mundanidad o cálculo vi-

tal. A las familias, que terminan por comprender, a través de la plenitud que perciben en sus hijos, que lo que es de Dios es de Dios. Y a tantas personas que, con su oración, colaboran a que el Señor de la mies envíe obreros a su mies.

Glicerio es el patrono del Movimiento Calasanz. Ojalá todos los jóvenes que forman parte de este Movimiento puedan, como él, vivir aquellas experiencias que necesitan para poder saber lo que Dios puso en su corazón y, con alma limpia, dar los pasos que deban dar para vivirlo. Si es de Dios, será bueno.

Recibid un abrazo fraterno.

*P. Pedro Aguado Sch. P.
Padre General*